

Lenguaje y conflicto: ¿imperativo necesario?

Nora Aneth Pava R.*
Olga Patricia Bonilla M.**

Resumen

El lenguaje se constituye en una evidencia cierta de la evolución de la humanidad. A lo largo de los años ha participado en los cambios de la humanidad y de una u otra forma ha influido en los conflictos existentes, así como en sus soluciones. En este artículo de reflexión queremos plantear algunas ideas que permiten ver cómo el lenguaje, al igual que el hombre, ha ido evolucionando hasta tal punto que se ha ido posicionando cada vez más en las decisiones que afectan el desarrollo del individuo. También queremos mostrar, cómo a través del lenguaje se puede, no sólo entender el conflicto, sino aprender y construir con él.

Palabras clave: lenguaje, conflicto, evolución, diálogo.

Language and conflict: ¿imperative need?

Abstract

The language constitutes a true evidence of human evolution. Through the years, it has participated in the changes of mankind and in some way, it has influenced existing conflicts and their solutions. In this article, we want to raise some ideas that allow us to see how the language, as well as the human being, has been co-evolving to the point that it has been slowly positioning it in the decisions affecting the development of the individual. We also want to show how through the language it can be possible not only to understand the conflict, but to learn and build up with it.

Keywords: language, conflict, evolution, dialogue.

* **Fonoaudióloga, magíster en Educación y Desarrollo Humano. Docente Escuela de Rehabilitación Humana, Universidad del Valle. Correo electrónico: norapava@univalle.edu.co**

** **Fonoaudióloga, magíster en pedagogías activas y Desarrollo Humano. Docente Investigadora Universidad Libre Seccional Pereira. Estudiante de doctorado en Educación. Correo electrónico: opbonilla@yahoo.com estudiante de doctorado en Educación UTP-Rudecolombia.**

Introducción

“El lenguaje entendido como una facultad de la mente, es capacidad, potencialidad que permite a partir de diferentes signos, entre los que destacamos los verbales, efectuar operaciones intelectuales intrapersonales e interpersonales: expresar el mundo interior y exterior, es decir, significar. Subrayamos el hecho de que es el producto intelectual más elevado de la especie, la conquista más maravillosa del hombre en su devenir natural, al punto de ser un fenómeno que atraviesa todas nuestras prácticas personales y sociales”.

Jaime Rojas O. 1.985

En el lenguaje no siempre encontramos lo que queremos, o lo que el otro quiere decir; ameritando este hecho, una interpretación profunda del lenguaje para encontrar en éste, el sentido de lo humano; para encontrar en él las concepciones del sí mismo, del otro y en general las visiones de mundo de los productores de esos discursos. El intérprete tiene sus propios léxicos, que pone en juego, a la hora de interpretar el lenguaje de otros actores culturales. Además el mundo de los otros se le abre al interpretante, en la medida en que se le abra su propio mundo.

Cuando distintos personajes hablan, se dan cuenta que se hablan con distintos léxicos, se apropian de diferentes palabras con énfasis distintos. Si hablamos de diferentes léxicos nos permite construir diferentes mundos.

Lenguaje y conflicto

Minimizar entonces, la importancia del lenguaje sería un esfuerzo inútil; por el contrario, nuestra historia cada vez da más sentido y relevancia a esta práctica superior de la especie humana, hasta el punto de llegar a convertirse en la base de la transformación de las realidades del hombre.

Sintaxis, semiótica, pragmática, semiología..., todos estas miradas del lenguaje proporcionan, cada vez con mayor ahínco estructuras sólidas que fortalecen esa simbología, susceptibles siempre de continuos cambios, pero no por esto menos importante en los procesos de construcción y apropiación de la realidad por parte del ser humano.

Desde que en el hombre se propició esa naturaleza social, de convivencia, siempre ha buscado comunicare. Este atributo de Homo Sapiens, ganado por su inteligencia, ha hecho que evolucione, no sólo biológica e intelectualmente, sino lingüísticamente. La comunicación ha progresado pasando del lenguaje proxémico, al gestual, luego al pictórico, de allí al verbal y de éste al escrito que cada vez se imbrica más en nuestro medio.

Encontramos pues, la palabra, como principal vehículo del lenguaje y como tal ésta también ha evolucionado. Así como ciertas especies se han extinguido de la tierra al no encontrar en ella las condiciones suficientes y necesarias para su preservación, las palabras y sus significados se han visto envueltas también en un proceso de extinción.

Pero esta lógica no es inclemente. Cuando unas especies desaparecen, otras van posicionando su espacio en el hemisferio, adaptándose a los requisitos externos del medio; de igual forma palabras nuevas se van apropiando de la sensibilidad del hombre, haciendo del lenguaje verbal un don cada vez más comprensible y selecto a grupos generacionales cada vez más reducidos.

Estudiado por psicoanalistas,¹ lingüistas, neurólogos, psicólogos, fonoaudiólogos, filósofos, ha despertado una emotividad tal

que inconscientemente se ha convertido en una habilidad que ejerce un sin fin de poderes soslayados en las interacciones sociales.

Consenso, diálogo, concertación, confrontación, todas estas posibilidades de desarrollo y de trascendencia del hombre están mediadas por la palabra, a tal punto que el discurso ha llegado a convertirse en la factibilidad de todo acto social, del reconocimiento del individuo, que para su plena realización necesita del otro.

Ese don, esa habilidad, ha participado de una manera activa en la formación de un ethos cultural. Y hoy, no podemos hablar de convivencia social, de ética, sin tener en cuenta el lenguaje como máxima expresión de la comunicación.

De esta manera nuestra práctica discursiva se moldea dentro de una naturaleza eminentemente ética. Sin ambos aspectos - comunicación - ética- interactuando de una forma conjunta, sería difícil centrarnos en el marco de una convivencia social.

Esa perspectiva social de la comunicación no puede asumirse sin una visión (que existe, pero frecuentemente se olvida) de lo individual, de la libertad de ser, de libertad interior, como lo expresa Víctor Frankl en su libro "El hombre en busca de sentido" : "Al hombre se le puede arrebatar todo salvo una cosa : la última de las libertades humanas -la libertad de elección de la actitud personal ante un conjunto de circunstancias- para decidir su propio camino... esa libertad individual, que no se nos puede arrebatar, es lo que hace que la vida tenga sentido y propósito".²

Y es que esa capacidad de decisión está en cada uno de nosotros, a todas horas hay

posibilidad de tomar decisiones, siempre hay ocasiones para elegir, somos libres de hacerlo, de afectar nuestro destino, de trascender nuestra esencia, o de someternos a las fuerzas que nos amenazan con despojarnos de nuestro yo más íntimo, renunciando a nuestra dignidad para dejarnos moldear por las circunstancias.

Pero esa naturaleza de sujetos individuales se pierde en lo social; a pesar de que se posee esa libertad, no se utiliza y finalmente, la constitución de la persona se ve mediada por una moral social que en últimas violenta al hombre mismo.

Es indudable que nos enfrentamos a una realidad multiétnica y multicultural en donde los microcontextos éticos y de valores se ven resquebrajados al primar los recursos de poder en beneficio de unos pocos. Tendemos a asumir posiciones extremas: o pierdo mi individualidad por responder a las exigencias sociales, o la asumo de tal forma que me vuelvo vehemente y salvaje ante las posiciones sociales.

Sólo un punto que medie entre estos dos extremos puede forjar una verdadera convivencia social.

Es necesario entonces entender que la vida sin conflictos no es posible. "Sólo las épocas críticas inventan utopías", ha escrito Octavio Paz, y agrega "las utopías son los sueños de la razón".³ Los conflictos y las crisis debemos asumirlos como signo de vida, de ineludible necesidad de cambio.

Los mundos armónicos son utópicos, los mundos son y serán siempre críticos y fracturados. Hay que pensar que el amor es conflictivo, que la vida es conflictiva, que el país es conflictivo, lo importante es

apropiarnos de unas bases que eviten que ese conflicto nos destruya.

Pero negamos las crisis permanentemente, huimos de ellas, o nos matamos porque no hemos madurado para manejarlas. En Colombia actuamos el conflicto por la vía violenta, tenemos un gusto insaciable por lo homogéneo y no por la diversidad. Debemos cultivar la singularidad, no se trata de respetar la diferencia del otro, sino de amar la diferencia del otro, encantarse con que el otro sea diferente, que nos asombre, nos irrite y nos confronte.

Ese lugar sagrado del otro no podemos aplastarlo, ante esto hay que tener una actitud ética que genere criterios de responsabilidad individual y colectiva. Sería la construcción de una "ética del conflicto", como lo plantea el Dr. Luis Carlos Restrepo⁴ que nos permitirá una sana convivencia social.

No hay errores en poner límites y reglas. Lo errático está en cómo las asumimos y cómo las enseñamos: a través del autoritarismo, de la manipulación del chantaje afectivo, del no respeto a la singularidad. Por eso transgredimos esos límites porque se violenta nuestra naturaleza individual. Así como las especies y las palabras evolucionan unas, desaparecen otras, o surgen nuevas, las leyes morales deben estar sujetas a estos procesos de transformación histórica; adaptándose al devenir del hombre, y no el hombre, con todo su genio transformador, a esas leyes estáticas.

Conclusión

Consideramos que el conflicto es necesario, pero mediado por el afecto y la ternura como posibilidades de diálogo y de acuerdo a través de la comunicación, donde se evidencie el amor por lo individual y el uso real de la libertad interior; esta mirada nos va a permitir, no sólo la deconstrucción de un mundo violento, sino la construcción de pactos que hagan factible el entender que la vida es un permanente conflicto, que es necesario ganarnos espacios en donde sea posible ser cálidos, afectuosos y tiernos sin perder el manejo de esos conflictos. Porque lo importante no es erradicar las crisis, ni huir de ellas o fingir que no existen, sino afrontarlas, disfrutarlas, aprender, crecer con ellas, y sobretodo, manejarlas con grandes dosis de amor. Sólo así lograremos un mundo no armónico, pero sí transitible.

Referencias

1. Rojas Ortiz, J. La Psicolingüística. Tercera edición, Medellín. Pragma Editores. 1.993. p. 235.
2. Frankl, V. El hombre en busca de sentido. Barcelona: Herder., 1.994. p. 68-70
3. Sierra E., S. En: Ármese de ternura, El Tiempo. Bogotá. Septiembre 15 e 1.995. p. 1C
4. Mullolland, J. El lenguaje de la negociación. Manual de estrategias prácticas para mejorar la comunicación. Traducción de Margarita Mizraji. Barcelona: Gedisa, 2003.